

Luis Ramiro Beltrán Salmón

Dos hechos sobresalientes existen en la historia de la indagación científica sobre comunicación en nuestra región. Uno se produjo en Costa Rica hace treinta años: el primer seminario sobre la investigación en comunicación en América Latina que fue organizado por el CIESPAL. El otro tuvo lugar en Venezuela hace veinticinco años: fue el establecimiento de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIC).

Residente como era entonces en Colombia, me tocó en suerte testimoniar de algún modo primero la preparación y más tarde la repercusión de ambos acontecimientos y por eso doy, complacido, fe de su condición de hitos. No pude estar presente en el seminario por haber coincidido su fecha, en septiembre de 1973, con un compromiso semejante en otro país, pero entregué un par de textos referenciales míos para su carpeta documental. Tampoco me resultó posible presenciar el nacimiento formal de la ALAIC en 1978 en Caracas, pero estuve entre quienes habían comenzado a propiciar tal creación algún tiempo antes aprovechando la relación que formaron al conocerse en un congreso en Europa de la Asociación Internacional de Investigación en Comunicación Masiva. Me siento, pues, muy ligado al CIESPAL y a la ALAIC.

No es casual que esos dos acontecimientos que estamos recordando hayan ocurrido en la década de 1970. Ella constituyó un período de singular importancia histórica que vio surgir en el mundo con brío el cuestionamiento del desarrollo, de la democracia y de la comunicación, tanto en el campo de las relaciones entre los países desarrollados y los subdesarrollados como en el de las relaciones entre las minorías privilegiadas y poderosas y las mayorías depauperadas e impotentes en cada país subdesarrollado.

La región latinoamericana habría de desempeñar un papel de liderazgo en esa insurgencia contestataria, especialmente en el área de la comunicación, y lo iría a hacer a partir de raíces que ya habían brotado en ella en la década anterior. En efecto, en 1963 el comunicólogo venezolano Antonio Pasquali —filósofo de la cultura identificado con la “Escuela de Frankfurt”— había iniciado precursoramente el análisis crítico de la situación de la comunicación en la región, incluyendo a la investigación, que había sido escasa hasta

entonces. Este valioso aporte iría a ser reconocido como el punto de partida de lo que llegaría a denominarse más tarde “Escuela Crítica Latinoamericana de Comunicación”.

El CIESPAL tuvo también un papel de adelantado en propiciar la tarea. Fundado en Ecuador en 1959 a iniciativa de la UNESCO, y con apoyo inicial de ella, el Centro Internacional de Educación Superior en Periodismo para América Latina vino a cumplir una plausible misión de apoyo al perfeccionamiento técnico de la prensa en la región por medio de capacitación, intercambio profesional, acopio de documentación y producción de publicaciones. Contó con el concurso de prestigiosos catedráticos e investigadores de comunicación: europeos como Kayser, Maletzke, Dumazadier y Beneyto y estadounidenses como Schramm, Berlo, Nixon y McNelly. Esta presencia académica externa de alto nivel influyó para que llegara a incluir en su programa de enseñanza la investigación, que en aquellos años no se hacía en las pocas escuelas universitarias de periodismo existentes. En 1967, la entidad publicó su estudio “Dos Semanas en la Prensa de América Latina”, que iría a convertirse rápidamente en un modelo de investigación morfológica y de análisis de contenido que ganó amplia acogida en las escuelas de periodismo de la región. El CIESPAL las estimuló a convertirse gradualmente en escuelas de “ciencias de comunicación”.

Fue de esa manera que el CIESPAL —que más tarde se denominaría Centro Interamericano de Educación Superior en Comunicación para América Latina— se constituyó en el promotor pionero e influyente de la investigación sobre comunicación en Latinoamérica, bajo la indicada orientación foránea a la que, tal vez por no ser específicamente un núcleo dedicado a la producción de conocimientos por el método científico, adoptó sin cuestionarla entonces. Pese a ello, ese esfuerzo institucional tuvo el mérito de ampliar y renovar un poco la metodología de investigación en nuestro medio.

También fue alrededor de la mitad de la década de 1960 que en varias partes de la región, especialmente en países como México, Costa Rica, Colombia y Brasil, comenzaron a realizarse otros tipos de investigaciones igualmente basadas en teorías y en métodos estadounidenses. Por ejemplo,

¹ Palabras de Luis Ramiro Beltrán Salmón en la sesión inaugural del “I Ciclo de estudios especializados: Fundamentos, trayectoria y potencialidades de la investigación crítica comunicacional”, realizado en La Paz, Bolivia, en marzo de 2004.

aquellas sobre la difusión de innovaciones para el desarrollo agrícola y las correspondientes a consumo de los mensajes divulgados por los medios masivos de comunicación.

Como producto de mis estudios de posgrado en la Universidad del Estado de Michigan publiqué entre 1967 y 1970, al principio en Estados Unidos y luego en Latinoamérica, varias versiones de un “diagnóstico de la incomunicación”, compuesto por los primeros análisis críticos —empíricamente sustentados— de la situación general de la comunicación en nuestra región bajo la dominación interna y la dependencia externa. En cuanto a esta última, recibí inspiración de los razonamientos de un grupo de sobresalientes científicos sociales latinoamericanos que, a mediados de la década del 60, propusieron la “teoría de la dependencia”, centrada en la crítica del injusto y marcado desequilibrio existente en las relaciones económicas entre nuestros países y Estados Unidos, que hacían inviable el desarrollo nacional equitativo y democrático. Uno de los líderes de ese planteamiento conceptual, Fernando Henrique Cardoso, llegaría varios años después a ser Presidente del Brasil. Y en 1969, otro sobresaliente precursor, el semiólogo argentino Eliseo Verón, propuso pasar del análisis de los mensajes de los medios al estudio del lenguaje, clave de la comunicación, como eje de las investigaciones sobre la personalidad, la sociedad y la cultura.

A partir de 1970, más investigadores y analistas de la comunicación comenzaron a cobrar notoriedad en la región. Dos de ellos sobresalieron en Chile: el demógrafo y semiólogo belga Armand Mattelart, que iría a tener muchos seguidores en Latinoamérica, y el pedagogo brasileño Paulo Freire. El primero comenzó por hacer en aquel año una penetrante crítica de enfoque marxista a la investigación en comunicación tal como entendida y practicada por académicos estadounidenses y pasó, luego, a mostrar a la estructura del poder informativo en Chile como factor contribuyente a la dependencia. El segundo, el teórico de la educación dialógica para la liberación, exiliado a la sazón en Chile, no sólo dio pie con ese planteamiento a reflexiones sobre la democratización de la comunicación, sino que realizó una crítica pionera sobre el modelo estadounidense de comunicación agrícola que halló siendo aplicado a la región. Frank Gerace, sacerdote estadounidense radicado en Bolivia, hizo en 1971 el primer intento de aplicar el pensamiento freiriano a la comunicación y poco después se distinguirían en ese empeño el paraguayo Juan Díaz Bordenave, el brasileño Joao Bosco Pinto, el argentino Alfredo Paiva, el uruguayo Mario Kaplún y el español Francisco Gutiérrez. Se irían sumando al transcurrir aquel decenio muchos otros en varios países de la región.

En el propio 1971, el comunicólogo brasileño José Marques de Melo hizo precursoramente un examen de la investigación en comunicación realizada en los años 60 en Latinoamérica, en el que prestó atención especial al papel del CIESPAL.



Alfredo Zalce (México)

Este calificado analista llegó a la conclusión de que había en las investigaciones que revisó “...una tendencia creciente a aplicar y utilizar teorías de comunicación norteamericanas y europeas sin el necesario examen de su adecuación sociocultural y política”. De nuevo en 1971, un valioso inventario parcial fue aportado por Jorge Merino Utreras, investigador del CIESPAL. E igualmente, en dicho año la UNESCO estableció un comité mundial sobre investigación en comunicación que, bajo la presidencia del finlandés Kaarle Nordenstreng, se reuniría anualmente en París en el trienio; formé parte de ese comité como agente de nexo con la comunidad latinoamericana de la especialidad. Sus recomendaciones conllevaron contribuciones iniciales al replanteamiento de la orientación y realización de investigaciones en la materia.

En 1973 nació en Chile la revista *Comunicación y Cultura*, cuyo editor, el argentino Héctor Schmucler —otro de los pioneros del pensamiento crítico latinoamericano—, la mantuvo como portaestandarte de esa corriente por varios años desde su país y, posteriormente, desde el exilio en México. Hoy tenemos el privilegio de contar aquí con su concurso en este encuentro.

Sensible a la evolución conceptual y procedimental que así se iba registrando a lo largo de la región en el primer tercio de los 70, y consciente acaso de que su liderazgo en investigación no podía ignorar tal fenómeno, el CIESPAL decidió organizar, con apoyo de la Fundación Ebert, aquel seminario de 1973 en San José de Costa Rica, que vendría a tener trascendencia histórica. Auspició así el primer encuentro ex profeso y formal de un conjunto de investigadores latinoamericanos comprometidos con la reflexión crítica sobre la comunicación, el desarrollo y la democracia.

El seminario formuló bases para un marco conceptual, definió objetivos para la acción investigadora, trazó un esquema de lineamientos estratégicos, propuso áreas prioritarias para las futuras investigaciones y planteó pautas

En varios países de la región fue creciendo el contingente de estudiosos que se ocuparon de la problemática de nuestra comunicación

metodológicas. Además, evaluó 733 investigaciones latinoamericanas catalogadas por el CIESPAL para documentar sus deliberaciones, hallándolas en general poco adecuadas en lo teórico y en lo metodológico. La transcripción de apenas unos cuantos de los enunciados del informe final del seminario es suficiente para trasuntar la esencia de sus pronunciamientos: "...Un rasgo que debe diferenciar el enfoque de la comunicación de las perspectivas originadas en los países centrales, es la concepción totalizadora del proceso de la comunicación (...) Con una metodología diseñada por los latinoamericanos para América Latina, con un instrumental de trabajo mucho más depurado y crítico, se debe llegar al descubrimiento de toda la interrelación económica, política, social y cultural que configuran las estructuras de dominación y de poder que, muchas veces, condicionan y determinan los sistemas de comunicación imperantes (...) En tal sentido, el objetivo central de la investigación debe ser el análisis crítico del papel de la comunicación en todos los niveles de funcionamiento, sin omitir sus relaciones con la dominación interna y la dependencia externa; y, el estudio de nuevos canales, medios, mensajes, situaciones de comunicación, etc. que contribuyan al proceso de transformación social (...) Se recomienda utilizar metodologías múltiples (...) La investigación debe tener siempre una naturaleza interdisciplinaria ..."

Ese seminario crítico del 73 terminó recomendando al CIESPAL ejecutar diversas actividades de apoyo al remozamiento y a la intensificación de la actividad investigativa en la región. El cumplimiento de este encargo programático habría podido colocar al CIESPAL en posición de líder regional de la reforma de la investigación bajo el enfoque crítico. Pero eso sólo llegó a ocurrir en temporal y modesta medida. Otros actores institucionales vendrían a compartir esa responsabilidad. Y esto se hallaría relacionado con algunos acontecimientos muy importantes que tuvieron lugar entre mediados y fines de la década del 70, la paradigmática "Guerra Fría". Fue un período ensombrecido por una grave crisis económica mundial, que marcó el rotundo fracaso del ultra-materialista y pro-elitista modelo foráneo de desarrollo, sumiendo en mayor pobreza y estancamiento a los países del Tercer Mundo.

En el mismo año de 1973 irrumpió en la escena mundial el Movimiento de los Países No Alineados, así

autodenominados por no identificarse ni con el capitalismo ni con el comunismo. Con liderazgo principalmente árabe y yugoslavo, este movimiento, al que se afiliaron algunos países latinoamericanos, proclamó en Argel su voluntad de luchar para la conformación de un "Nuevo Orden Internacional de la Economía", para "descolonizar" las asimétricas relaciones económicas entre ellos y las naciones altamente desarrolladas. Estas recibieron tal propuesta de innovación política primero con asombro, luego con desdén y finalmente con hostilidad.

En 1974 la UNESCO auspició en Bogotá, Colombia, la Primera Reunión Internacional de Expertos en Políticas Nacionales de Comunicación, para cuyas deliberaciones tuve el privilegio de aportar un ensayo conceptual básico. El informe final de este encuentro, con reflexiones, conclusiones y recomendaciones de un grupo latinoamericano de especialistas de alto nivel, fue repudiado por las agrupaciones de dueños y directores de medios de comunicación masiva del continente americano. Ellas consideraban atentatorio contra la libertad de prensa cualquier planteamiento normativo. También en 1974 presenté en Leipzig, Alemania Oriental, en un congreso de la Asociación Internacional de Investigación en Comunicación Masiva, un inventario crítico y pormenorizado de la investigación en comunicación en Latinoamérica basado en la revisión de cerca de un millar de estudios, la mayoría de los cuales parecían haber sido hechos con anteojeras, por ignorar la estructura social determinante de la conducta individual.

En 1976, el Movimiento de los Países No Alineados, mediante su Reunión de Ministros de Información realizada en Túnez, proclamó la demanda por un Nuevo Orden Internacional de la Información. Apoyada por el Grupo de los 77, ella fue posteriormente acogida por la Asamblea General de Naciones Unidas, la que encomendó a la UNESCO el respaldo operativo a la iniciativa. En 1977, las grandes agrupaciones de propietarios de medios y las principales asociaciones profesionales de la comunicación occidental, desataron una drástica y tenaz campaña internacional contra aquella iniciativa. La confrontación llegó entonces a niveles de mayúsculo conflicto. Para desactivarlo, la UNESCO creó una comisión internacional para el estudio de los problemas de comunicación, que iría a ser conocida por el apellido de su neutral presidente, McBride.

Igualmente en 1976, la UNESCO realizó en Costa Rica la Primera Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Nacionales de Comunicación. Ella también fue objeto de duro ataque por la Sociedad Interamericana de Prensa y por la Asociación Internacional de Radiodifusión, las que reprocharon acremente a la UNESCO por haber prohiado la actividad. Pese a ello, los Ministros —basándose extraoficial pero estrechamente en el pensamiento de los expertos de la reunión de Bogotá del 74— aprobaron una declaración y varias recomendaciones del todo identificadas con la idea de contribuir a democratizar la comunicación por medio de

políticas nacionales apropiadas para ello. En aquel año, reponiendo atención sobre la investigación, publiqué un estudio crítico sobre las premisas, los objetos y los métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en Latinoamérica. Y en 1979, resumí las propuestas para cambiar el concepto de comunicación, de manera que se democratizara, y derivé de ello bases para un modelo propio.

Al influjo de acontecimientos políticos y académicos como los que he destacado, fue cuajando la conformación de lo que un día José Marques de Melo iría a identificar como la “Escuela Crítica Latinoamericana de Comunicación”. En varios países de la región fue creciendo el contingente de estudiosos que se ocuparon bajo tal óptica de la problemática de nuestra comunicación. Entre las diversas líneas de indagación que así fueron trazándose tuvo lugar importante la que analizó los numerosos y muy creativos ejercicios de comunicación popular alternativa, especialmente por medio de la radio, registrados en los países latinoamericanos.

Las investigaciones eran al principio empeños individuales y aislados, mucho más que institucionales y coordinados. Pero, desde mediados de los 70, se fue formando en la región un espíritu de cuerpo que conduciría al reconocimiento de una comunidad académica constituida espontáneamente en movimiento, sin estatuto ni directorio y geográficamente dispersa, pero crecientemente unida en ideales.

Valiosos aportes a la formalización de ese movimiento fueron hechos precursoramente por algunas entidades académicas de principio comprometidas con la comunicación democratizante, como el Instituto de Investigaciones de la Comunicación de la Universidad Central de Venezuela, la Universidad de Sao Paulo y la Universidad Nacional Autónoma de México. Fueron surgiendo posteriormente en la escena nuevos espacios para la reflexión colectiva y la acción conjunta. Uno, especialmente dedicado a la transformación del orden mundial de la economía y la comunicación, fue el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), con sede en México. Otro, brasileño pero con proyección regional, fue la sociedad INTERCOM, ejemplo de productividad y perseverancia. Poco después nacieron el Instituto para América Latina (IPAL), en Perú; el CENECA, en Chile; y el TICOM, en México. Y universidades como la Javeriana de Colombia, la Autónoma Metropolitana de México y la Metodista de Sao Paulo, se destacaron entre las que se sumaron al emprendimiento. También irían a surgir en la escena la Federación Latinoamericana de Escuelas de Comunicación Social (FELAFACS) y la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP).

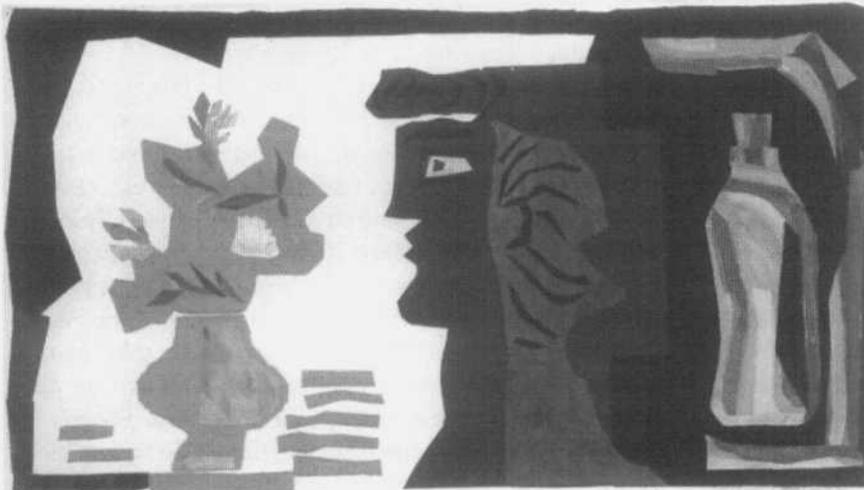
Ese esfuerzo múltiple incluyó numerosas oportunidades de encuentros de investigadores para reflexionar sobre su actividad al servicio del cambio estructural. De esta manera, centenares de académicos llegaron a participar de la

inquietud reformista, formando una pléyade que se sumó con resolución y creatividad a la indagación crítica, principalmente en las áreas de comunicación popular alternativa y reforma de la información de prensa sobre la región, especialmente por medio de agencias de noticias. Entre los muchos integrantes de esa confluencia estuvieron, de Argentina, Máximo Simpson, Heriberto Muraro, José María Pasquini, María Mata, Daniel Prieto y Ricardo Nosedá; de Bolivia, Raúl Rivadeneira; de Brasil, Carlos Eduardo Lins da Silva y Sergio Caparelli; de Chile, Fernando Reyes Matta, Juan Somavía y Giselle Munizaga; de Colombia, Joaquín Sánchez, Amparo Cadavid y Elizabeth Fox de Cardona; de Ecuador, Marco Ordóñez, Benjamín Ortiz y Luis Eladio Proaño; de México, Javier Esteinou, Beatriz Solís, Fátima Fernández y Joseph Rotta; de Perú, Rafael Roncagliolo, Germán Carnero Roque, Juan Gargurevich y Walter Neira; de Venezuela, Eleazar Díaz Rangel, Elizabeth Safar y Eduardo Santoro; y de Uruguay, Roque Faraone y Washington Uranga. La investigación crítica de la comunicación progresó entonces considerablemente en volumen y en calidad en muchas partes de la región.

Pero aún así resultaba necesario contar con una agrupación de alcance regional total, que procurara institucionalizar el desempeño articulado de los miembros de la comunidad científica en rebeldía contra el status quo antidemocrático. Y fue de esa convicción que vino a nacer en 1978, en Caracas, la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIIC), cuyo vigésimo quinto cumpleaños estamos celebrando ahora. Por los dos quinquenios siguientes la conducirían, enfrentando desventajosas circunstancias, tres comunicólogos venezolanos: Luis Aníbal Gómez, Oswaldo Capriles y Alejandro Alfonzo, y los colegas colombianos Jesús Martín Barbero y Patricia Anzola, admirada colega y entrañable amiga quien fallecería en 1995.

Entre los objetivos que la agrupación se fijó alcanzar estuvieron: 1) congregar y apoyar a la comunidad científica latinoamericana del ramo para aumentar y mejorar sus prácticas; 2) concertar la realización de investigaciones entre sus miembros; 3) propiciar la capacitación universitaria en investigación, el intercambio profesional y la difusión de documentos; y, reiterando el compromiso de la comunidad de investigadores con el pueblo, 4) “fomentar la investigación conducente a los cambios que las sociedades latinoamericanas requieren en sus procesos de comunicación,

El Tercer Mundo perdió las batallas por la configuración de un nuevo orden internacional de la economía y de un nuevo orden internacional de la información



Alfredo Zalce (México)

con especial referencia a los planteamientos estratégicos que vayan en beneficio de los sectores mayoritarios ...”

La actividad para cumplir aspiraciones como esas no resultaría libre de escollos. Estatutariamente, los socios de la ALAIC pueden ser personas, agrupaciones y entidades. Pero, en la práctica, ellos resultaron ser en su mayoría miembros individuales y, puesto que no abundaban en la región los investigadores especializados en comunicación, los integrantes no podían ser muy numerosos de principio. Esto la privó de ingresos significativos por concepto de cuotas. Y la obtención de apoyo financiero internacional no resultó sustantivamente factible debido, en parte, a la aguda carencia de fondos en los años 80, los de la “década perdida” y, en parte, porque entidades como la ALAIC muy difícilmente podrían ser consideradas en aquel tiempo para tal asistencia. La propia UNESCO se vio privada de importantes ingresos al retirarse de ella Estados Unidos y Gran Bretaña, como derivación de las encendidas polémicas internacionales sobre comunicación. La situación impuso pues, inevitablemente, fuertes restricciones a la evolución de la ALAIC en su época inicial, pese al empeño y dinamismo con que obraron sus directorios iniciales desde Venezuela y Colombia.

Diez años después de la fundación de ALAIC, la INTERCOM de Brasil y la AMIC de México propiciaron una asamblea reconstitutiva de la ALAIC en septiembre de 1989 en Brasil, con participación de representantes de los investigadores de doce países de la región. Se aprobó entonces un estatuto modificado y se eligió al nuevo directorio para 1989-1992, con la presidencia de José Marques de Melo. Dos rasgos distintivos de esta dinámica administración fueron la comunicación frecuente mediante un boletín técnico y el estímulo y apoyo a la reposición de las asociaciones nacionales de investigadores de la comunicación, como filiales de la regional. Al término de la gestión se había logrado restablecer el funcionamiento de la agrupación.

El segundo directorio del proceso recuperador fue presidido por Enrique Sánchez Ruiz, de México, para el período 1992-1995, que tuvo como desafío consolidar la revitalización de la colectividad intensificando el intercambio de información y reflexión entre sus miembros. Recurrió para ello, principalmente, a propiciar la realización sin interrupciones de Congresos bienales de la ALAIC. Esa labor fue continuada en el período 1995-1998 por el directorio presidido por Luis Peirano, del Perú, quien dio impulso a los primeros grupos de

trabajo por áreas temáticas, que agregarían participación y productividad a los congresos. Y fomentó la publicación de cinco bibliografías de estudios nacionales.

Desde 1998 preside al directorio Margarita Krohling Kunsch, de Brasil, con cuya valiosa presencia cuenta el actual encuentro aquí. Capitalizando las estrategias de recuperación institucional de sus predecesores, este directorio ha robustecido a los grupos de trabajo temático, ha remozado el boletín, ha realizado, en alianza con agrupaciones nacionales, una serie de seminarios internacionales, y ha provisto bases para la agenda de la agrupación hasta el 2012.

En suma, por la mística, el talento y el denuedo de sus dirigentes, desde 1978 hasta la fecha la ALAIC no sólo ha logrado sobrevivir, sino que ha llegado a fortalecerse, a vincularse, a reanimar a la comunidad y a prestigiarse. Tiene hoy ante sí un futuro que luce promisorio.

Al igual que la ALAIC, hace 25 años que el comunicólogo Jesús Martín-Barbero surgió a la escena pública internacional. Lo hizo en un Encuentro Latinoamericano de Escuelas de Comunicación realizado en México, justamente en 1978. Propuso en él que se dejara de ver a la comunicación como mecanismo de dominación, para ver más bien a ésta como proceso de comunicación. Daba inicio de esta manera a un extraordinario movimiento de cambio, yendo más allá de los medios de comunicación hacia la cultura como mediadora y reconociéndole al público la capacidad para reinterpretar los mensajes de aquellos medios. La acogida a este original planteamiento fue amplia y auxiliada de inicio por el CIESPAL, que la divulgó prontamente. Iría a inspirar él numerosos estudios en varios países, forjándose así una rica senda de indagación. La aparición de su obra principal, *De los Medios a las Mediaciones*, confirmaría en 1987 la condición estelar de su figura.

Ser joven es por definición ser capaz de rebeldía, adicto al cambio, amante de la quimera, defensor de la justicia y retador de lo imposible

El gran promotor de la investigación en comunicación en Bolivia, Erick Torrico, destaca atinadamente en el trabajo de Martín-Barbero tres áreas temáticas: “La interacción inherente entre el discurso y el poder con todo lo que eso supone de complicidades interclasistas; la recompreensión de la comunicación en el ámbito de las prácticas sociales, sin que ello implique rendirse ante un culturalismo vacío; y la instalación de la recepción como un *locus* nuevo desde el cual volver a pensar todo el proceso comunicacional y su investigación también.”

Por haber planteado la innovación que planteó, ¿podrá Martín-Barbero ser considerado antagonista de la escuela crítica latinoamericana de comunicación o, cuando menos, alguien ajeno a ella y, por tanto, conforme con la injusticia en nuestra sociedad? No puede serlo. Y, en efecto, el curador y promotor de la escuela crítica, Marques de Melo, ha homenajeadado como a eminente miembro de ella al español más latinoamericano que existe. Por tanto, ¡feliz vigésimo quinto cumpleaños académico, compañero Jesús Martín-Barbero!

Desde el día de 1963 en que Pasquali dio a luz su primer texto seminal hasta el día de hoy, han transcurrido cuarenta años de que una rebelde minoría estudiosa comenzó a intentar un imposible: lograr que la comunicación sirviera para ayudar a cambiar a fondo la arcaica, injusta y autocrática sociedad latinoamericana. Y es la historia de esa insurgencia quimérica de unos jóvenes investigadores comprometidos con la justicia la que he tratado de esbozar resumidamente ante ustedes. Lo he hecho en un modo muy personal porque entendí que se esperaba de mí que presentara tal recuento como testimonio de un actor y memoria de un testigo, puesto que fui ambos, especialmente en la “década de fuego”, la del 70.

Me honra y solaza haber formado parte de esa enardecida vanguardia crítica que, enamorada de la utopía, tuvo el desparpajo de denunciar que el desarrollo humano, equitativo y realmente democrático, resultaba imposible de lograrse debido a la dependencia externa y a la dominación interna. Tuvo ella también la audacia de protestar por los papeles que la comunicación era puesta a cumplir para perpetuar esa situación y, más aún, la de proponer la enmienda de tal conducta. Y hasta tuvo la irreverencia de cuestionar a la investigación sobre comunicación —ciegamente adherida a modelos foráneos— por hallarla a su vez contribuyente a la vigencia del status quo.

Infortunadamente, ese desusado impulso transformador consiguió muy poco y no duró mucho. A principios de 1980, la reacción internacional, empresarial y política, había logrado descartar las reformas propuestas y los movimientos renovadores habían visto mermado no poco de su ímpetu. El Tercer Mundo en general perdió las batallas por la

configuración de un nuevo orden internacional de la economía y de un nuevo orden internacional de la información.

En Latinoamérica se avanzó en el fomento de formatos de comunicación alternativa, pero solamente los gobiernos de Venezuela, Perú y México intentaron formular las políticas nacionales de comunicación que habían acordado en 1976 y los tres intentos fueron sofocados por la poderosa oposición empresarial internacional. Mientras la globalización irrumpía inconteniblemente en la escena mundial, la moderna tecnología forjaba nuevos sistemas de comunicación social muy eficaces y mucho menos susceptibles a normatividad, los que vaticinaban la llegada triunfal de la sociedad de la información. Y, por supuesto, todo ello prometía el desarrollo humano, universal y democrático en la era de la arcadia neoliberal.

Casi un cuarto de siglo después, ¿cuál es la situación en Latinoamérica? El subdesarrollo se ha acentuado aún más que en la década del 70. La brecha entre pobres y ricos, lejos de tender a cerrarse, ha sido expandida enorme y aceleradamente. El gasto gubernamental en la neurálgica área de lo social —nutrición, albergue, salud y educación— ha sido rebajado muy considerablemente. En contraste con ello, los gastos militares han aumentado en 20 por ciento en Sudamérica, por ejemplo, entre 1993 y 2002. En los últimos cinco años, los gobiernos de Brasil, Chile, Perú y Colombia han efectuado adquisiciones de moderno armamento fluctuantes entre 1.000 millones y 13.500 millones de dólares. Salvo mínimas excepciones, los gobiernos democráticos no han sido capaces de terminar con la inequidad; al contrario, han permitido que ella aumente. Según el más reciente informe del Banco Mundial, América Latina ha llegado a ser ahora una de las regiones con mayor desigualdad en el mundo. En la mayoría de las sociedades latinoamericanas, el 10 por ciento más rico de la población acapara cerca del 50% del ingreso nacional, en tanto que el 20% más pobre de ella apenas recibe entre el 2 y el 4%. Mientras hay, según la OIT, cerca de 20 millones de personas sin empleo, los 280.000 supermillonarios que hay en la región disfrutaban ya en el año 2000 de 3.500 billones de dólares y esa fortuna suya aumentó en 12% en el año 2003. Los Cancilleres de los países miembros de la Organización de Estados Americanos (OEA) se reunieron en octubre del 2003 en México en una Conferencia Especial sobre Seguridad. En la declaración que emitieron afirmaron que para mejorar la

delicada situación de la seguridad hemisférica los gobiernos deben forjar un mejor desarrollo, puesto que actualmente la pobreza, la falta de empleo, la inequidad y la injusticia son los peligros que acechan a la democracia en la región.

Según el Instituto Nacional de Estadísticas, 58.6 por ciento de la población de Bolivia se encontraba en situación de pobreza en el año 2001; es decir, su capacidad económica estaba por debajo del costo de la canasta básica de alimentos y de otros bienes y servicios indispensables. En el año 2002 la situación había empeorado hasta alcanzar la cifra de 64.3% de la población en situación de pobreza, siendo ella mucho mayor en el área rural, principalmente habitada por indígenas. O sea, que cuando menos 6 de cada 10 bolivianos tiene que sobrevivir hoy con menos de dos dólares al día, mientras la corrupción que enriquece a miembros de la minoría dominante ha aumentado sin freno ni rubor. Se estima que los ricos tienen hoy ingresos 90% más altos que los pobres en el país como un todo; en las ciudades, la relación es de 38 a uno, pero en el campo llega hasta 170 a uno. Según el UNICEF, Bolivia tiene la tasa más alta de mortalidad infantil de la región: 66.7 infantes menores de un año por cada mil nacidos vivos; y esa tasa, de nuevo, salta hasta 86 en el campo. De cada 100 niños recién nacidos 15 tienen bajo peso, 10 sufren maltrato físico o psicológico en la familia y 40 no llegan a cursar cinco años de escuela primaria. Más aún, 800.000 niños —que conforman como el 10% de la población del país— se ven obligados a trabajar para subsistir. Hay indicios de que la delincuencia, la prostitución y la drogadicción han venido creciendo últimamente entre ellos. Y cuando menos 24.000 niños bolivianos han sido objeto de tráfico ilegal y explotativo hacia países vecinos y a España en los últimos cuatro años. Exacerbada por la miseria que padece la mayoría de la población y facilitada por la venalidad policial, la delincuencia en general ha aumentado en Bolivia en 300% en los últimos diez años. No es en vano, pues, que el Informe Nacional de Desarrollo Humano 2004, que acaba de publicar el PNUD, advierta que el proceso de globalización y el modelo neoliberal aplicado en Bolivia en los últimos 20 años están ahondando la pobreza y la exclusión social. Y bien puede agregarse, están poniendo en grave riesgo en el país la existencia en democracia y en paz.

¿Y la comunicación? La concentración del poder comunicativo a favor de las naciones de mayor desarrollo ha experimentado un inmenso incremento. Grandes consorcios internacionales ejercen dominio incontrastable del flujo noticioso y el negocio publicitario, especialmente en materia de televisión, y las diferencias en el acceso a los recursos de la telemática son abismales. El 90% de la producción de bienes y servicios informáticos está bajo el control de Estados Unidos de América, la Unión Europea y Japón. Algo más de la mitad del total de 550 millones de computadoras existentes en el mundo se hallan en Estados Unidos, Japón, Alemania, Inglaterra y Francia. Y del total mundial de “internautas”, el

57% está en Estados Unidos en tanto que en Latinoamérica sólo está el 1%. Específicamente en Bolivia, sólo muy poco más del 3% de la población tiene conexión con internet. Y, atención, tanto como dos tercios de ese total de usuarios de tal servicio son jóvenes urbanos de clase media y alta. Pero, ¿puede extrañar eso a nadie en un país en el que ni siquiera el medio de comunicación de mayor alcance, la radio, llega más que al 75% de la población?

Siendo ello así, puesto que la situación a la fecha no sólo no ha mejorado en comparación con la de los años 70, sino que más bien ha empeorado mucho, ¿será posible que ya no hayan comunicadores que se sientan llamados a interpelarla y que sueñen por lo menos con aliviarla? ¿Podrá ser cierto, universal y definitivo que la mayoría de los comunicólogos de hoy no tienden a sentirse responsables de criticar al sistema de comunicación ni, menos, de cuestionar a la sociedad ultraconservadora y falsamente democrática que lo contiene y mantiene? ¿Pueden los jóvenes desentenderse así de la desventura del pueblo, soslayar la verdad lacerante, ser indolentes y complacientes?

Yo no lo quiero creer. No puedo admitir que la nueva generación de investigadores haya optado por trabajar con anteojeras y se encoja de hombros ante la inequidad. Ni acepto la percepción de que todos ellos hayan sido encandilados por las luces del mercado y hayan sucumbido a la sacralización estupefaciente de la moderna tecnología. Para mí ser joven es por definición ser capaz de rebeldía, adicto al cambio, amante de la quimera, defensor de la justicia y retador de lo imposible, como lo fueron Cristo y Gandhi, Bolívar y Luther King, y el maestro Freire, aquél que nos advirtiera que lo utópico no es lo idealista inalcanzable sino lo dialéctico que denuncia la estructura deshumanizante y anuncia la humanizadora.

Por eso, desde mi atalaya crepuscular de retaguardia, seguiré avizorando el camino con la empecinada esperanza de que, en día no lejano, vayan a florecer a lo largo de él frescas voces de protesta y pendones de propuesta. ☐

Luis Ramiro Beltrán Salmón. Comunicólogo y escritor boliviano. Primer ganador del Premio Mundial de Comunicación “McLuhan” (1983), Premio Único de Teatro de Ecuador (1987) y Premio Nacional de Periodismo de Bolivia (1997). Miembro de número de la Academia Boliviana de la Lengua. Autor, entre otros, de los libros *El gran comunicador Simón Bolívar. Papeles al viento*, *Con la tinta de imprenta en las venas* e *Investigación sobre Comunicación en Latinoamérica*. Es miembro del Concepto Editorial de Archipiélago.